

La Educación Liberadora

Mateo Andrés S.J., Profesor de Psicología UNPHU

Uno de los rasgos más salientes de la Iglesia posconciliar, especialmente en América Latina, es su apertura al mundo. En Medellín, los pobres y desheredados, los marginados de todas clases, llegan a acaparar la atención de los Obispos latinoamericanos. ¿Podemos hacer algo, se preguntan sinceramente los Obispos allí reunidos, para remediar esa situación de alienación e injusticia social?

“Esta segunda Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, que se ha propuesto comprometer a la Iglesia en el proceso de transformación de los pueblos latinoamericanos, fija muy especialmente su atención en la educación, como un factor básico y decisivo en el desarrollo del continente, (tomo II, Educación, n. 1). Así introducen los Obispos el tema.

De este modo, llamada por el sentido de justicia ante la alienación de todo un continente, entra la educación en la asamblea de Medellín; la educación factor básico y decisivo del desarrollo.

Pero no la educación tradicional que, lejos de haber sido históricamente factor de solución, se ha mostrado más bien factor de agudizamiento de la crisis latinoamericana, sino una educación nueva, que los Obispos llaman “educación liberadora”. (11, Educ., n.8).

A partir de Medellín, el concepto de *educación liberadora* ha sido manejado ampliamente en reuniones de estudio, a nivel nacional e internacional, y en multitud de trabajos de investigación sociológica, realizados a lo largo de nuestro continente. La revista EDUCACION, del Ceiam, suele traer, en cada uno de sus números, una o dos experiencias concretas de aplicación de dicho método.

¿Qué entiende Medellín por *educación liberadora*? “La que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo”, nos responde el mismo documento (11, n. 8), y trata de explicar con las siguientes palabras:

“La educación es, efectivamente, el medio clave para liberar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender de condiciones de vida inhumanas a condiciones más humanas, teniendo en cuenta que el hombre es el responsable y “artífice principal de su éxito o su fracaso” (Populorum Progressio, n. 13).

Para ello la educación en todos sus niveles tiene que llegar a ser creadora, pues ha de participar del nuevo tipo de sociedad que buscamos en A. L.; debe ba-

gar sus esfuerzos en la personalización de nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario.

Debe ser abierta al diálogo, para enriquecerse con los valores que la juventud intuye y descubre como valederos para el futuro y así promover la comprensión de los jóvenes entre sí y con los adultos. Esto permitirá a los jóvenes "lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de sus padres y maestros y formar la sociedad del mañana" (Mensaje del Concilio a los jóvenes).

Debe además la educación afirmar con sincero aprecio las peculiaridades locales y nacionales e integrarlas en la unidad pluralista del continente y del mundo. Debe finalmente capacitar a las nuevas generaciones para el cambio permanente y orgánico que implica el desarrollo".

Y concluye Medellín: "Esta es la *educación liberadora* que A.L. necesita para redimirse de las servidumbres injustas y, antes que nada, de nuestro propio egoísmo. Esta es la educación que reclama nuestro desarrollo integral" (11, n. 8).

Como se ve, *la educación liberadora* es enormemente audaz en sus metas: la liberación progresiva, incesante, hacia condiciones de vida cada vez más humanas, de los pueblos de A. L. Notémoslo bien: no es una educación que busca el desarrollo *intelectual*, sino el desarrollo *total*, de todo el hombre y de todos los hombres de América Latina.

Cuanto al método, *la educación liberadora* aspira a hacer del educando sujeto y agente de su propio desarrollo. No busca pues dar *ideas hechas* (saber abstracto), sino enfrentar a problemas *reales* y capacitar para resolverlos el mismo alumno.

Tal educación, en consecuencia, habrá de ser creadora, personalizante y comunitaria. Y siendo comunitaria, será al mismo tiempo por ser personalizante desbridadora y fomentadora de lo típico de cada hombre y de cada pueblo o nación.

Ahí tenemos a grandes rasgos las líneas directivas de la *educación liberadora*. Una educación del hombre concreto latinoamericano, *alienado*, para el hombre concreto latinoamericano, *liberado*.

¿Una hermosa utopía de unos Obispos bien intencionados? Digamos enérgicamente que no; no es una utopía apostólica, y menos una especie de receta mágica que no sirve sino para salir de una situación embarazosa (la de los mismos Obispos enfrentados al problema de nuestro subdesarrollo). *La educación liberadora* es una solución que cree ser al mismo tiempo científica y práctica; verdadera a nivel teórico y viable a nivel práctico.

Efectivamente, considerada a nivel teórico hay que decir que *la educación liberadora* recoge lo mejor de la moderna pedagogía científica, especialmente la concepción de las técnicas dialogales. Véase por ejemplo el libro de Cirigliano y LAVERDE, *Dinámica de grupos y educación* (Edit. Humanitas, Bs. Aires, 1967), donde desarrolla el principio de la enseñanza grupal, punto clave de *la educación liberadora*.

A nivel práctico conviene informar que se están realizando experiencias de este método educativo en muchos países latinoamericanos; y que se están reali-

zando con éxito extraordinario. Véase la ya citada revista EDUCACION, que edita la Comisión de Educación del Celam.

Sobre esa seguridad de que se trata de un método verdaderamente científico, pasemos ahora a exponer sus rasgos principales. Con la brevedad que la situación requiere. Lo haré recorriendo estos puntos:

La educación liberadora es una educación:

- a.— en el medio ambiente y para el medio ambiente; o si se quiere, en la situación y para la situación
- b.— es una educación de la persona y para la persona
- c.— es una educación creadora, personalizante y comunitaria o grupal.

Una educación en el medio y para el medio.

La educación liberadora parte del principio fenomenológico de que el hombre es un ser "situado", una conciencia prelógica del mundo circundante. Por ejemplo, aquí y ahora mientras estoy hablando, yo soy hombre en cuanto tomo conciencia de esta situación concreta en que me hallo, la soluciono a mi modo y recibo de ello una determinada dosis de satisfacción o insatisfacción. Así en esa conciencia originaria, indivisa, que es el hombre hay elementos intelectuales, valorales y personales.

Hay elementos intelectuales implícitos que, explicitados, se trasformarán en afirmaciones o juicios de realidad: nivel intelectual, campo de la verdad; hay también elementos valorales implícitos que, explicitados, se trasformarán en valoraciones o proyectos: no ya lo-que-es (verdad) sino lo - que - debería - ser y yo querría que fuese: valor; hay finalmente elementos personales, una conciencia oscura de que yo soy yo, distinto e independiente del mundo, conciencia que explicitada dará lugar al nacimiento de la personalidad.

Pues bien, *la educación liberadora* parte de ese hombre concreto, situado en el mundo, preso y al mismo tiempo capaz de liberarse; busca hacer estallar esa humanista prelógica, originaria, que es cada hombre en la raíz de sí mismo y dejar que se manifieste y sea ante sí mismo y ante los demás. Ya que cada hombre, por ser conciencia, es una palabra impronunciada del mundo, *la educación liberadora* busca convertir esa palabra-hombre, palabra impronunciada, en palabra pronunciada claramente; esa palabra que, con sólo ser pronunciada, ya produce una liberación, convirtiendo al hombre en lo que efectivamente es, hombre: hombre frente al mundo, ante sí y para los otros.

De otro modo quizá más sencillo: en la concepción tradicional el hombre es un "animal racional". Lo que le hace hombre elevándole por encima del animal es la razón, la mente, la inteligencia. Educar al hombre, en esta concepción, es educar la mente; es decir, darle ideas. Tenemos la educación tradicional, abstracta y pasivizante.

En la concepción moderna, en cambio, el hombre es un organismo inteli-

gente en un medio determinado, donde tiene que adaptarse y vivir; o bien una conciencia intencional, ante la que un mundo concreto se presenta como problema, que ella, pronunciando su palabra interior, tiene que solucionar. Pues bien, *la educación liberadora* no saca al hombre de ese medio real, donde existe y se hace; parte de ese mismo medio real y busca capacitar al hombre para que en él sea efectivamente eso que es, hombre. *La educación liberadora* coge la experiencia humana originaria, el enfrentamiento del hombre a lo real, y la hace vivir en cada uno de los momentos de la vida. Educar no es va dar ideas, y menos ideas hechas por otro, sino suscitar experiencias, estimulando al hombre a vivir en ellas y por ellas su propio ser humano.

Nace así un proceso de interacción hombre-mundo que se prolonga todo a lo largo de cada vida humana: el mundo influye en el hombre; éste pronuncia su palabra interior y le trasforma; el mundo así transformado resulta un nuevo estimulante del hombre que necesita pronunciar una nueva palabra interior... y así sucesivamente. Este proceso es pues proceso de transformación del mundo y del hombre; proceso por tanto de hominización... de liberación del hombre.

Una cosa resulta clara en esta concepción: es imposible una educación integral sacando al hombre del medio concreto que le rodea. Sólo la experiencia educativa, porque sólo la experiencia es vida y estimuladora de vida. La idea abstracta no es un problema, es ya una solución; por tanto lejos de estimular, tenderá obviamente a pasivizar. Y así a paralizar al hombre en cuanto inquietud y búsqueda de más. ¿No es éste un daño grande de que puede acusarse a la educación tradicional?

Frente a ella *la educación liberadora* educa en el medio y para el medio; es decir, desde la experiencia hacia enriquecimiento progresivo de la misma experiencia pobre, casi puramente material, hacia una experiencia cada vez más rica y abarcadora, abierta a todos los problemas del hombre, ser espiritual y libre, ser personal y comunitario, ser mundano y religioso.

La praxis humana, que importa los tres momentos conocidos: ver, juzgar y actuar, es la meta de esta educación.

Educación de la persona y para la persona.

Sujeto y agente del propio desarrollo, es el mismo hombre el que tiene que ver y optar en cada situación determinada. No cabe sustitución de ninguna clase. Así educar es educar a la persona; o bien, hacer que ella haga: que ella piense, juzgue, se decida, actúe. Dice Pablo Freire, conocido promotor de esta *educación liberadora*: "no es posible en esta perspectiva humanista entrar en el ser del otro, v. gr. de mi esposa, para hacer el movimiento que le toca a ella. No puedo prescribirle mis opciones", mis pensamientos, deseos o temores. "No puedo mostrarla en su derecho a actuar. No puedo manejarla. Me casé con ella; no la compré en una tienda como si fuese un objeto de adorno. No puedo hacer que ella sea lo que me parece que debería ser. La amo *como es*, en su inconclusión, en su búsqueda, en su vocación de ser o simplemente no la amo. Si la domino y me gusta dominarla; si ella es dominada y le gusta serlo, no hay en nuestras relaciones amor, sino patología de amor: sadismo en mí, masoquismo en ella".

Comprensión del ser humano como dinamismo autoconsciente y libre y res-

peto a ese dinamismo interior, he ahí las condiciones mínimas (y máximas) de toda *educación liberadora*. Situarse *junto al* alumno: relación de igualdad que estimula y ayuda; nunca *encima del* alumno: relación de superioridad que inhibe y paraliza. De nuevo ¿no ha pecado la llamada educación tradicional de mantener esta relación vertical —el profesor arriba, el alumno abajo— y así de mermar la iniciativa, el dinamismo interior de los alumnos?

Quiero insistir un poco en este punto. La relación educador-educandos en la educación tradicional parece ser la siguiente: el profesor arriba; él sabe ya y enseña; papel de autoridad. El alumno abajo: no sabe y tiene que aprender; papel de sumisión. ¿No destaca esta concepción mucho más lo que el alumno no tiene (ciencia actual) que lo que tiene (dinamismo para adquirirla)? De ese modo corre el peligro de ser una educación pasivizante.

Parece que sucede lo mismo cuanto a la concepción de la verdad: esta ha sido ya hecha, está en los libros, la posee el profesor; el alumno no tiene sino que aprenderla. ¡Aprender lo que otros han descubierto ya! ¡Qué poco le concedemos al alumno! Y claro, éste no siente entusiasmo alguno; su dinamismo interior —ansia, búsqueda, tensión hacia . . . — no ha sido estimulado, sino más bien frustrado. Y los resultados acusan este error de método.

Cuando decimos que la *educación liberadora* es de la persona y para la persona, pensamos en esta deficiencia del método tradicional; buscando superarla, la *educación liberadora* tratará de enfrentar al alumno, no con la verdad ya hecha, y hecha por otros, sino con la situación real, en cuanto ésta representa un reto para él, un problema. No se le pide que aprenda algo, sino que ponga en actividad su capacidad crítico-reflexiva, para que, diciendo él mismo su palabra interior (idea, ciencia . . .), y completándola con la opción correspondiente (ética humana, valores), pueda transformar el problema en solución, la situación-obstáculo en la situación-ayuda. Consecuencia de esta actividad personal, él mismo se habrá hecho mejor por medio de un mundo mejorado así mismo por él. El mismo se ha hecho sujeto y agente de su propia historia y de la historia del mundo.

La educación tradicional "doméstica" al hombre: insensiblemente le hace adaptarse el mundo lógico-valoral de sus maestros; la *educación liberadora* cree en el hombre (dinamismo humanizador inagotable) que hay en todo hombre, sea éste niño o marginado social, y trata de despertar, con paciencia, respeto y amor, ese dinamismo humano que duerme en él. Por eso es una educación de la persona y para la persona.

Educación creadora y personalizante

Hemos apuntado ya diversos aspectos según los cuales la *educación liberadora* busca liberar al hombre de todo esquema de dominación, desarrollando su capacidad crítico-reflexiva concreta, hic et nunc, es decir su capacidad de auto-transformación alcanzada a través de la transformación del mundo. Añadamos algunas reflexiones más que enriquezcan este punto de vista.

Como dijimos, la *educación liberadora* busca acabar con todo vestigio de dominación. En la educación tradicional se mantienen, ocultamente rezagados, bastantes de estos vestigios. Se busca en ella una socialización o adaptación a la so-

ciudad actual que, en el fondo, no parece distinguirse de una inadvertida (a veces muy advertida y pretendida) domesticación de la persona. Por eso la *educación liberadora* no parte de verdades ya hechas, que son situaciones ya solucionadas, sino de situaciones a solucionar, de problemas reales, hic et nunc, para el alumno; no transmite ideas, sino suscita experiencias; no va hacia programas, metas o ideales, previamente establecidos en independencia del alumno, sino hacia el desarrollo de ese mismo alumno, siendo la vida misma del alumno ley y norma del proceso educativo.

La norma suprema del método liberador es siempre el mismo alumno en su íntegra dimensión existencial; no un programa impuesto a él desde una sociedad que necesita tales conocimientos; de modo que el fin de la educación no es algo extrínseco al alumno, V. gr. un programa, sino el mismo alumno, su desarrollo integral y progresivo.

Teniendo en cuenta una cosa: que en esta concepción humanista ni el hombre ni la verdad están ya pre-fijados, como metas decididas desde el pasado, sino que asoman desde el futuro como tanteo, esfuerzo y esperanza. El alumno es llamado, según su capacidad concreta, a colaborar con el profesor y los otros alumnos en el descubrimiento y realización de ese futuro.

Ahora bien, para que el alumno pueda prestar efectivamente esta colaboración, es preciso que se sienta él mismo, respetado en su ser real y amado en su ser ideal; acogido como es y querido como debe ser; y es él quien ha de ir descubriendo esa dimensión ideal de sí mismo. Cuando le damos todo hecho: verdades, programas, horarios, disciplina, metas, etc. en el fondo le estamos diciendo que no confiamos en su capacidad de ayudar él mismo a descubrirlos; y esa misma desconfianza, implícita en nuestro modo de relacionarnos con él, acaba por minar incluso paralizar su dinamismo humanizante. Entonces el alumno se transforma en un individuo pasivo que sintiéndose incapaz de crear por sí mismo nada, lo espera todo de sus educadores. Como si el primer educador, más aun en cierto sentido el único, no fuese el mismo alumno.

Educación comunitaria.

Es tal vez éste uno de los rasgos más destacados de *la educación liberadora*.

De hecho el hombre no vive, convive. Y la Psicología social sabe hasta qué grado es esto verdadero; el hombre no se sitúa (esa experiencia originaria del ser-hombre) solo frente al mundo, sino siempre con los otros. Más aún, el otro es uno de los elementos principales de toda situación existencial humana; es decir, que si el hombre no existe sino situándose (tomando conciencia del mundo), que todo toma conciencia y se sitúa frente al otro.

Consciente de esta dimensión social del hombre, *la educación liberadora* busca educar en grupo o comunidad. Frente a la educación individualista, de tipo tradicional (— lo que interesa es que cada uno aprenda bien su lección), *la educación liberadora* asume que el hombre sólo se desarrolla de veras cuando se desarrolla con y entre los otros. El hombre hace más y se hace más cuando aprende a vivir con los otros. En consecuencia la educación liberadora busca:

— una educación al lado del otro: relación de colaboración en las tareas humanas;

- 2.— Una educación *ante el otro*: relación de autoafirmación, libre de todo complejo, frente al otro.
- 3.— educación *junto al otro*: relación de reconocimiento del otro, con todos sus derechos, como otro yo; finalmente
- 4.— educación *con el otro*: relación de convivencia personal, de amistad en sus diversas formas.

Para lograr este crecimiento social del hombre, *la educación liberadora* echa mano de todos los adelantos logrados en la Dinámica de grupos. El citado libro de CIRIGLIANO-VILLAVERDE, Dinámica de grupos y educación, estudia ampliamente estos adelantos grupales, en cuanto pueden ser aprovechados para la educación. Me permito remitir a ese libro a los que puedan estar interesados por el tema. El *diálogo* es la técnica principal de este método.

Digamos antes de finalizar este tema, que educación *comunitaria* no es lo mismo que educación *masificante*; muy al contrario, en cuanto es respetuosa de la persona, de lo típico y característico de toda persona y nación, *la educación liberadora* se esfuerza por descubrir y fomentar esos valores típicos, lo que logra no sometiendo a los alumnos a un ideal común abstracto, forma larvada de domesticación, sino desarrollando el sentido crítico-reflexivo de cada uno y capacitándole para una opción cada vez más personal.

Resumamos rápidamente.

La educación liberadora supone "una concepción, un contenido y unas estructuras radicalmente nuevas de la educación".

— "una concepción nueva de la educación, que no es ya sólo transmisión de conocimientos, sino desarrollo de la capacidad creadora;

— un contenido nuevo, en cuanto que no es estático, sino que responde a las exigencias de la realidad dinámica de un aquí y un ahora;

— unas estructuras nuevas, que encarnen instituciones marcadas por dimensiones abiertas, comunitarias y dialogantes, en lugar de sistemas de dominación y dirigismo pedagógico.

En consecuencia, se trata de una educación que no solo libera y se libera de esquemas de dominación, sino que *libera* las energías creativas y crítico-reflexivas del hombre, para que llegue a ser una persona comprometida con los demás en el cambio estructural" (Reunión de Presidentes y Secretarios de Comisiones episcop. de Educ. Medellín, agosto 27 a sept. 3 de 1970, n. 20).

La técnica de esta educación liberadora es siempre una *experiencia* comunitariamente vivida y resuelta; es decir, el aquí y ahora concretos, vividos y resueltos en la intercomunicación de un grupo. Y eso, a un nivel cada vez más alto de acuerdo con el progreso logrado.

Una palabra práctica.

He tratado de exponer brevemente, insinuar apenas, las líneas generales de la *educación liberadora*. Pero si tal método educativo representa, a juicio de Medellín, la esperanza de liberación para nuestro continente latinoamericano,

puede menos de interesarnos el *cómo*. ¿Cómo aplicar ese método a nuestra enseñanza en todos sus niveles? Escuelas elementales, liceos, universidades, educación extraescolar, etc.

Una respuesta satisfactoria a esta demanda supondría todo un libro. Digamos, ante todo, que se están haciendo experiencias en toda América Latina: conocerlas es un primer paso. La revista EDUCACION del Celam resulta excelente instrumento de información en este punto.

La *educación liberadora* es siempre y por esencia educación grupal. No se puede fácil intentarla exitosamente sin una familiarización previa con las técnicas de Dinámica de Grupos. A los interesados me atrevería a sugerirles el libro *Conducción y Acción dinámica del grupo*, por Beal-Bohlen-Raudabaugh, Edit. Kapelusz. Bs. Aires.

Para un intento de aplicación a la enseñanza de nuestros liceos podría ayudar el libro ya citado antes *Dinámica de grupos y Educación*.

En Sto. Dgo. tenemos un análisis de una experiencia educativa en el libro *Educación de la libertad y para la libertad*, por un grupo de profesores del Colegio de La Salle, que se mueve en la línea de la educación liberadora.

La educación es, sí, una ciencia, pero es también, y muy principalmente un arte: el arte de saberse acercar, a nuestros alumnos, niños o adultos de tal modo que nuestra presencia resulte estimuladora.

En cuanto arte, la *educación liberadora* ha estado siendo practicada por muchísimos educadores que ignoraban sus principios; y no está siendo practicada por muchos que los conocen y los defienden. Porque en educación no siempre van juntas teoría y práctica. El fracaso de un método bueno puede deberse a un educador malo; y viceversa.

Resulta oportuna a mi modo de ver esta reflexión en nuestro medio dominicano; porque sería injusto atribuir a solo el método el fracaso o el éxito de algunos educadores.

Quiero acabar con palabras de Medellín. "Como toda educación es ya un anticipo de la plena redención de Cristo, la Iglesia de América Latina se siente particularmente solidaria de todo esfuerzo educativo, tendiente a liberar a nuestros pueblos... Ella, es decir todos los cristianos, sumarán sus esfuerzos, con humildad, desinterés y deseo de servir, a la tarea de crear la nueva educación, que redimirán nuestros pueblos, en este despertar de un nuevo mundo" (11, n.9).